

humanidad de los jueces un hermoso cuerpo desnudo, para desviar los ojos de la justicia de los ensortijados garabatos del escribano.

Lo que en la escena vale el lenguaje de acción nos lo mostró la Ristori: Mario y la Frezzolini suplen con él, no pocas veces, las pícaras jugarretas de la aporrreada garganta. Nuestros actores suelen estudiarlo poco, y los actores franceses demasiado. Cuando se exagera, dándole más importancia de la debida, se convierte en caricatura. No quiero citar á nadie.

El baile pantomímico de gran espectáculo, todo él no es sino un gran dislocamiento del arte.

Sin embargo la pantomima sola basta para darnos una idea bastante exacta de una acción dramática; y alguno que otro representante en determinadas situaciones expresa admirablemente los conceptos y afectos.

.
.

En los bailes populares, que generalmente no traspasan, como los del teatro, los límites de su propia jurisdicción,

suele verse perfectamente retratado el carácter del pueblo. Nuestros contrapases y cerdanas y los bailes de las provincias vascongadas presentan un aspecto varonil, grave y decoroso, que contrasta singularmente con la gracia y molicie oriental de los bailes andaluces. Los bailes gallegos, á vueltas de su rusticidad y pesadez, descubren aquel natural bonachón de los tiempos de Maricastaña.

JOSE COLL Y VEHI.
(Diálogos literarios)

LA NOBLEZA DE ARAGÓN

La nobleza de Aragón tuvo el mismo origen que la del resto de España, los elementos aristocráticos de la nación goda, desarrollados en las circunstancias especiales que creó para la península la invasión sarracena y la reconquista del territorio. Si hemos de creer á los historiadores aragoneses, los ricos hombres en Aragón son tan antiguos como la monarquía, y no falta quien los haga anteriores á los reyes; así sería la verdad si se pudiese prescindir en la historia de los

diversos principados que se formaron después de la invasión sarracena, de que todos ellos no eran más que la continuación de la antigua y célebre monarquía de los godos.

De todas maneras es siempre cierto que los nobles en Aragón tuvieron desde los principios grande poder é influencia. La nobleza en este reino tenía á la vez una organización política y militar, y formaba un cuerpo sólido y compacto en que, con los estrechos lazos de un interés recíproco, estaban unidos todos sus miembros desde el rico-hombre de natura hasta el último infanzón ó hidalgo. Tres eran los grados principales de la jerarquía nobiliaria. Los ricos-hombres ó nobles por excelencia, los caballeros ó milites, como los llamaban los antiguos fueros, y los infanzones ó hidalgos. Sin éstos había la clase de mesnaderos, que eran los que servían en la mesnada ó casa del Rey, y tenían en ella empleo ó mando superior. Todos ellos, al uso y semejanza de otros reinos, poseían tierras, castillos y vasallos, y en los lugares de su señorío gozaban de la justicia y de los demás derechos que en otras partes, aunque en mayor y

más extensa escala, como diremos luego. Pero además de estos señoríos disfrutaban de otro gran elemento de poder. El gobierno de todas las villas y ciudades de realengo, llamado en Aragón «Honor,» pertenecía por antiguas disposiciones única y exclusivamente á la clase de ricos-hombres, primero en feudo amovible según la libre disposición del Rey; después, como tenencia perpetua de que no podían ser privados sino por causa legítima y por sentencia dada en el tribunal de justicia de Aragón.

Los ricos-hombres gobernaban las villas y lugares de sus Honores; ponían en ellos Justicia y Zalmedinas, cobraban una parte de las cargas públicas, y hacían suyas, excepto en muy pocos casos, las caloñas ó penas pecuniarias, ramo muy importante en aquellos tiempos.

Estos honores no los podía disfrutar el rico-hombre por sí solo; al contrario, estaba determinado por la ley expresa que fuesen divididos en porciones proporcionadas al debido sostenimiento de un caballero, y que fuesen en seguida repartidas única y exclusivamente entre los de esta clase. Llamábanse estas porciones

«Caballería de honor,» y los que las obtenían de mano del rico-hombre cobraban en ellas los derechos que á éste correspondían, pero con la obligación de servirle con las lanzas proporcionadas al producto de la Caballería. Cuando los Honores de amovibles se hicieron perpetuos, las Caballerías siguieron la misma suerte, y los caballeros no pudieron ser privados de ellos sino por causa y sentencia legítima.

Pero así como el Rey no podía dar los Honores sino á los ricos-hombres, ni éstos las Caballerías sino á los caballeros, así también nadie podía ser armado caballero ni obtener, por consecuencia, las Caballerías, sino los infanzones ó hidalgos, completándose de esta manera la gran trabazón y enlace de esta aristocracia y la robusta organización del cuerpo compacto que formaba.

EL MARQUÉS DE PIDAL.

(Historia de las alteraciones de Aragón)

LA ARQUITECTURA

EN LOS PRIMEROS TIEMPOS CRISTIANOS

Cuando el cristianismo, siquiera tolerado, pudo manifestar públicamente y

comenzó á edificar sus iglesias, la gran arquitectura de los siglos de Augusto y de Trajano se hallaba en una decadencia visible. Esa arquitectura, además, en lo respectivo á templos, había sido inspirada por ideas y por necesidades muy diferentes, cuando no digamos contrarias, á las de nuestra santa Religión. Ni se sabía, pues, construir los bellos monumentos paganos de la artística antigüedad, que siempre ha admirado y que siempre admirará el mundo; ni las proporciones y la forma de aquellos templos, adonde no entraba la muchedumbre, y que se elevaban sólo para colocar una estatua y un ara en que sacrificarse el sacerdote, eran ya á propósito para satisfacer los instintos, las costumbres, las exigencias del culto cristiano. No se podía repetir lo antiguo, al menos con su majestad y grandeza; y era menester otra cosa que lo antiguo para llenar los nuevos objetos, las nuevas prácticas.

Así nació en el momento propio algo bastardo á la vez que original—bastardo para el arte, original por la idea—que, separándose de las debilitadas tradiciones de los siglos clásicos, no distinguiéndose

por la realización de una belleza de que no era tiempo, y atendiendo en cambio á las primeras y naturales aspiraciones de la noción cristiana, llenó del modo posible lo que se apetecía en aquel instante, una casa de oración y sacrificio, y bastó á una sociedad que en sus jóvenes fervores renegaba de todas las pompas de la materia, á fin de ocuparse sólo en el destino eterno y en la salud de los espíritus.

Esta situación, ese carácter de la arquitectura cristiana, no debieron variar gran cosa por el triunfo de la Iglesia bajo Constantino el Mayor. Si éste pudo hacer levantar un arco como el que lleva su nombre, fué porque existía otro anterior que despojar, el de Trajano, cuyos ricos adornos cabía fácilmente que se aplicaran á la desigual decoración del nuevo. Mas ni los arquitectos de aquella época sabían, repetimos, edificar un panteón como el de Agripa, ni hubieran querido, los que de ellos fuesen cristianos, trasladar el pórtico, la bóveda, las elegentes proporciones de ésta á las iglesias que sacaban de las Catacumbas, y que venían á colocar á la luz del sol, contraponiéndolas

por primera vez á los templos de Jano, de Júpiter Capitolino, de Venus y de Rom.

La Iglesia cristiana, pues, aun después del triunfo del Evangelio, no debió y no pudo ser otra cosa, en el antiguo mundo, en la sociedad romana, que un edificio grande y capaz, donde se tomase algo del anterior templo, porque no podía menos de ser así; no habiendo otro elemento arquitectónico; donde se tomase sin gracia, porque era razón de plena decadencia y no de gusto; donde se atendiese á las ideas más elementales y más fáciles de materializar del propio cristianismo, como lo fué, por ejemplo, la adopción de la forma de cruz; y donde se cuidase, por último, de atender á las nuevas necesidades, haciendo entrar un pueblo numeroso, que antes no entraba, más que ahora había de asistir á las ceremonias apartando los sexos entre sí, y separando por último á los neófitos de los verdaderos fieles.

Tal es, sin ningún género de duda, la basilica cristiana de los primeros siglos; que hasta el nombre de *basilica* tomó por parecerse más á las que de antemano se llamaban así, que á los templos de las

vencidas divinidades. Esa es su procedencia, ese es su carácter necesario.

JOAQUÍN FRANCISCO PACHECO.
(Italia.)

LA RELIGIÓN

Es una cosa indudable que la moral positiva es la religión; que la moral científica no basta para la doctrina, para la enseñanza y para la educación de los pueblos. Y si esto es verdad, ¿cuál es la religión de cada uno? ¿la religión de cada pueblo? Es la que ha heredado de sus mayores; es para los españoles la religión de sus padres; es la religión que España ha tenido durante diez y nueve siglos; es la religión que está unida á todas sus glorias, á sus grandezas, á su civilización, á su carácter, á sus artes, á sus ciencias, á su elocuencia, á su poesía, á su literatura. Esa es la Religión de cada pueblo; la que se mama con la leche, con cuyos cánticos se adormeció el niño en su infancia, con la que educa al hombre su madre.

Es un fenómeno moral, muy frecuente en todas partes, que el hombre más incrédulo, el que más desprecia las prácticas

religiosas, el que más desobedece los preceptos religiosos, tiene sentimientos cristianos, y en su conducta obedece y sigue el espíritu del cristianismo: renegando de Dios, le obedece; renegando de la verdad revelada, la sigue. Si eso no fuera así, la Europa estaria ya disuelta y habria llegado á los últimos límites de la anarquía. Con el indiferentismo que la roe, si no fuéramos cristianos con el sentimiento, aun cuando seamos impíos con la cabeza, ¿qué sería de nosotros? ¿qué sería de los pueblos á quienes regimos? ¿qué sería de la humanidad?

ANTONIO DE LOS RÍOS Y ROSAS.
*(Discurso pronunciado en las Cortes
Constituyentes de 1835.)*

DESCRIPCIÓN

El fin de octubre había sido lluvioso, y noviembre vestía su verde y abrigado manto de invierno.

Stein se paseaba un día por delante del convento, desde donde se descubría una perspectiva inmensa y uniforme: á la derecha el mar sin límites; á la izquierda la dehesa sin término. En medio se dibujaba, á la claridad del horizonte, el perfil

oscuro de las ruinas del fuerte de San Cristóbal, como la imagen de la nada, en medio de la inmensidad. La mar, que no agitaba el soplo más ligero, se mecía blandamente, levantando sin esfuerzo sus oleadas, que los reflejos del sol doraban, como una reina que deja ondear su manto de oro. El convento, con sus grandes, severos y angulosos lineamientos estaba en armonía con el grave y monótono paisaje: su mole ocultaba el único punto del horizonte interceptado en aquel informe panorama.

En aquel punto se hallaba el pueblo de Villamar, situado junto á un río tan caudaloso y turbulento en invierno, como pobre y estadizo en verano. Los alrededores bien cultivados, presentaban de lejos el aspecto de un tablero de damas, en cuyos cuadros variaba de mil modos el color verde; aquí el amarillento de la vid aun cubierta de follaje: allí el verde ceniciento de un olivar, ó el verde esmeralda del trigo, que habían hecho brotar las lluvias del otoño, más allá el verde sombrío de las higueras, y todo esto dividido por el verde azulado de las pitas de los vallados. Por la boca del río cruzaban al-

gunas lanchas pescadoras; del lado del convento, en una elevación, se veía una capilla; delante se alzaba una gran cruz, en una base de forma de pirámide de mampostería blanqueada: detrás había un recinto cubierto de cruces pintadas de negro. Este era el Campo Santo.

Delante de la cruz pendía un farol, siempre encendido; y la cruz, emblema de salvación, servía de faro á los marineros, como si el Señor hubiera querido hacer palpables sus parábolas á aquellos sencillos campesinos, del mismo modo que se hace diariamente palpable á los hombre de fe robusta y sumisa, dignos de aquella gracia.

No puede compararse este árido y uniforme paisaje con los valles de Suiza, con las orillas del Rhin, ó con la costa de la isla de Wight. Sin embargo, hay una magia tan poderosa en las obras de la naturaleza, que ninguna carece de bellezas y atractivos: no hay en ellas un solo objeto desprovisto de interés, y si á veces faltan las palabras para explicar en qué consiste, la inteligencia lo comprende y el corazón lo siente.

.

El día estaba tan hermoso, que sólo podía compararse á un diamante de aguas exquisitas, de brillante esplendor, y cuyo valor no aminora el más pequeño defecto. El alma y el oído reposaban suavemente en medio del silencio profundo de la naturaleza. En el azul turquí del cielo no se divisaba más que una nubecilla blanca, cuya perezosa inmovilidad la hacía semejante á una odalisca ceñida de velos de gasa, y muellemente recostada en su otomana azul.

La subida de la cuesta, aunque corta y poco empinada, había agotado las fuerzas aún no restablecidas de Stein. Quiso descansar un rato y se puso á examinar aquel lugar.

Acercóse al cementerio. Estaba tan verde y tan florido como si hubiera querido apartar de la muerte el horror que inspira. Las cruces ceñidas de vistosas enredaderas, en cuyas ramas revoloteaban los pajarillos cantando: *¡Descansa en paz!* Nadie habría creído que aquella fuese la mansión de los muertos, si en la entrada no se leyese esta inscripción: «*Creo en la remisión de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdura-*

ble. Amén.» La capilla era un edificio cuadrado, estrecho y sencillo, cerrado al frente con una reja y coronada su media naranja con una cruz de hierro. La única entrada era una puertecita inmediata al altar.

En éste había un gran cuadro pintado al óleo, que representaba una de las caídas del Señor con la cruz. Detrás se veían la Virgen, San Juan y las tres Marías; y al lado del Señor, los feroces soldados romanos. De puro vieja había tomado esta pintura un tono tan oscuro, que era difícil discernir los objetos; pero aumentando al mismo tiempo el efecto de la profunda devoción que inspiraba su vista, sea porque la meditación y el espiritualismo se avienen mal con los colores chillones y relumbrantes, ó sea por el sello de veneración que imprime el tiempo á las obras del arte, mayormente cuando representan objetos de devoción, que entonces parecen doblemente santificados por el culto de tantas generaciones. Todo pasa y todo muda en torno de esos piadosos monumentos, menos ellos, que permanecen, sin haber agotado los tesoros de consuelos que á manos llenas prodigan.

La devoción de los fieles había adornado el cuadro con diferentes objetos de hojuela de plata, colocados de tal modo que parecían formar parte de la pintura. Eran éstos una corona de espinas sobre la cabeza del Señor, una diadema de rayos sobre la de la Virgen, y remates en las extremidades de la cruz. Esta costumbre piadosa es extraña y aun ridícula á los ojos del artista, es cierto; pero á bien que la capilla del Cristo del Socorro no era un museo: jamás había atravesado un artista sus umbrales: allí no acudían más que sencillos devotos, que sólo iban á rezar.

Las dos paredes laterales estaban cubiertas de ex-votos de arriba abajo.

Los ex-votos son testimonios públicos y auténticos de beneficios recibidos, consignados por el agradecimiento al pie de los altares, unas veces cuando se obtiene la gracia que se pide, otras como cumplimiento de promesas hechas en grandes infortunios y circunstancias apuradas. Allí se ven largas trenzas de cabello, que la hija amante ofreció, como su más precioso tesoro, el día en que su madre fué arrancada á las garras de la muerte; ni-

ños de plata colgados de cintas color de rosa, que una madre afligida, al ver á su hijo mortalmente herido, consagró, para obtener su alivio, al Señor del Socorro; brazos, ojos, piernas de plata ó de cera, según las facultades del votante; cuadros de naufragios ó de otros grandes peligros, en medio de los cuales los fieles tuvieron lo que los descreídos calificaron de la *sencillez* de creer que sus plegarias podrían ser oídas y otorgadas por la misericordia divina; pues por lo visto las gentes *de alta razón, los ilustrados, los que dicen ser los más, y se tienen por los mejores*, no creen que la oración es un lazo entre Dios y el hombre.

Estos cuadros no eran obras maestras del arte; pero quizás, si lo fueran, perderían su fisonomía, y sobre todo su candor. ¡Y hay todavía personas que, presumiendo hallarse dotadas de un mérito superior, cierran sus almas á las dulces impresiones del candor, que es la inocencia y la serenidad del alma! ¿Acaso ignoran que el candor se va perdiendo al paso que el entusiasmo se apaga? Conservad, españoles, y respetad los débiles vestigios que quedan de cosas tan

santas é inestimables. No imitéis al mar Muerto, que mata con sus exhalaciones los pájaros que vuelan sobre sus olas, ni, como él, saquéis las raíces de los árboles á cuya sombra han vivido felices muchos países y tantas generaciones!

FERNÁN CABALLERO.

(*La Gaviota.*)

INDUSTRIA AGRÍCOLA

Antes que al hombre primitivo le ocurriera cultivar, pudo advertir que de las semillas de los árboles desparramadas por el suelo, eran algunas albergadas por la tierra y yerbecillas, brotando después de los árboles iguales á los de su procedencia. De ahí debió surgir la idea de la imitación.

Cuando el labrador coge una semilla, ó una raíz, ó una rama, y las coloca en un hoyo cubriéndolas con tierra, ejerce su iniciativa. La naturaleza suministra la tierra, la humedad, el calor, el aire, el sol, la electricidad, el estímulo para la germinación, el alimento en el suelo y en la atmósfera; y de ahí el brote, el desarrollo de los medros de la plan-

ta hasta que empieza la época de la decadencia, que termina en la descomposición. ¿Qué ha puesto el labrador? La acción iniciadora hija de su voluntad.

Observa luego que la planta sembrada produce fruto mayor y más dulce que la silvestre, las hojas y las raíces tienen más grato sabor, las flores mayor belleza, más adelante reconoce que los trasplantes y los injertos contribuyen á mejorar las castas, se convence de que las plantas inútiles usurpan el alimento de las útiles, y aprende á limpiar y escardar; se hace cargo de que la repetición del cultivo depaupera el suelo, porque las plantas cultivadas absorben por las raíces la materia nutritiva que prefieren hasta agotarla, y concibe la idea de los abonos y de la alternativa de cosechas; experimenta falta de lluvias y acude al riego cuando puede proporcionarse agua; recoge, por fin, sus diversos frutos, y la experiencia le enseña á ser económico; he aquí el arte.

En esta combinación de fuerzas de la naturaleza y el hombre, la primera es el instrumento; ó si se quiere el laboratorio activo; el segundo es el mero mani-

pulante. Por eso, y porque hasta la fuerza muscular procede en el hombre de su estructura física, hemos indicado que en la industria general no viene él en rigor á poner más que el movimiento. Pero con el movimiento impulsado por la voluntad pone cosa que vale mucho, la inteligencia, facultad sublime de esa alma, que no es materia y que eleva la criatura racional hasta el trono de su Dios.

Produce la *industria agrícola* sustancias alimenticias, como el trigo, de que se hace el pan; las patatas, las carnes, verduras y frutas, y también primeras materias para la industria fabril, como el lino, el cáñamo, el algodón, la lana, la gualda, la rubia, etc.

Se ha dividido la industria agrícola en labranza y ganadería. Esta división, propia de los primeros tiempos de la agricultura y escasa población del territorio, va desapareciendo conforme cunde el progreso social. La ganadería alcanzó grandes privilegios en España, que redundaban en menoscabo del cultivo: hoy están muy cercenados, y llegará el día en que únicamente queden consignados en la historia.

Hay ganadería *trashumante*, la que de las regiones frías donde se apacienta en verano, pasa á invernar en las templadas, como Estremadura; *transterminante*, la que transmigra á puntos poco lejanos, ordinariamente en la misma provincia; y *estante*, la que no se separa de la misma localidad. La ganadería trashumante se extingue gradualmente, la transterminante tendrá mayor duración, y la estante y en pequeño es la destinada providencialmente á prevalecer.

Con efecto, los numerosos rebaños de ovejas producen carnes, lanas, pieles, pero desperdician el abono de los excrementos, están expuestos á epizootias, son costosos, se hallan fuera de la vigilancia de sus dueños, y dan origen á desmanes del ganado en siembras ajenas y á desafueros de los pastores. De las manadas de cabras hay que decir que son temibles por invasoras; y de las toradas criadas en estado salvaje pueden dar testimonio muchos viajeros, lisiados de arremetidas ó acuciados de fuertes sustos en los caminos por los *bichos*, tanto más preciados cuanto más feroces se presentan en el anacrónico redondel tauromáquico.

Por el contrario, cierto número de reses, mayores ó menores, en cada finca, bajo la mano del labrador y en estado de domesticidad, se mantienen en parte con plantas inútiles y desperdicios de las útiles, y en parte con raíces y hierbas al efecto cultivadas; devuelven en abono sus alimentos, no exigen aumento de brazos para su cuidado, pues un muchacho de la familia basta para ello, y sobre padecer menos enfermedades y percances que en la ganadería, rinden iguales ó mayores y mejores productos. Las ovejas merinas sacadas de nuestros rebaños españoles, y llevadas á Sajonia, se han multiplicado en aquel clima con ser tan frío, viven en domesticidad, y sus lanas son las más estimadas de todas. El número de cabezas de ganado repartibles en las fincas, pudiera ser en España más que doble del que en la actualidad ostenta la falange de sus manadas, yeguas, piaras y rebaños, grandes, medianos y pequeños.

El consorcio de la labor con la cría de animales forma el cuadro racional de la industria agrícola.

ALEJANDRO OLIVÁN.

(Manual de economía política).

LA MATERNIDAD

I.

¿Recordáis por ventura los años de vuestra infancia?

¿Recordáis aquellas horas tranquilas en que libre el alma de pesares y el corazón de inquietudes dejabáis reposar vuestra cabeza en el regazo de una mujer?

¿Recordáis la ternura con que aquella mujer os acariciaba, estrechaba vuestras manos infantiles, é imprimía, sin ruborizarse, sus labios en vuestra frente candorosa?

¿Recordáis cuántas veces enjugaba solícita vuestro llanto, y os adormecía dulcemente al eco blando de una balada de amor?

¡Oh! Si lo recordáis.

Los que tenemos la dicha de ver todavía á esa mujer sobre la tierra, la invocamos con cariño á todas horas. Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de MADRE nos represen-